REVISTA "UNIVERSUM"
Universidad de Talca

LA NOVELA COMO FUENTE HISTORIOGRAFICA: Un estudio de caso: La educación rural a través de la novelística chilena

Patricia Arancibia
Josefina Guerra

Los últimos acontecimientos mundiales han provocado, entre otros aspectos, una fuerte crisis de los métodos de la historiografía tradicional centrada en aportar fuentes a los "grandes relatos", desde un punto de vista que privilegiaba el análisis de hechos y discursos de personajes importantes. En los últimos años, sin embargo notamos una tendencia a considerar como fuente de información, también, el acontecer de los pequeños seres. De este modo resulta cada vez más habitual, considerar vidas privadas, testimonios y autobiografías como posibilidad de rastrear una parte del pasado sin pretenciones de abarcar el acontecer total de la historia.

En el presente trabajo, encontramos una prueba de lo anterior. Las autoras recurren a la novela como una fuente historiográfica no tradicional para comprender el carácter de la educación rural chilena. Se utiliza la novela por ser ella un "objeto cultural" y por representar un modo privilegiado de aproximarse a la realidad humana.

El trabajo de Patricia Arancibia y Josefina Guerra está circunscrito en una primera instancia a las novelas chilenas del siglo XX, y en una segunda a aquellas en que se manifiesta con importancia lo educativo, ya sea por ser el protagonista un profesor o por estar el argumento referido a la problemática educativa rural.

Para investigar el tema, se realizó una recopilación de las novelas que cumplían con los requisitos anteriores, llegándose a obtener un listado de poco más de veinte títulos, con los que se procedió a realizar un perfil de la educación en el sector rural.

Las conclusiones, se pueden globalizar en una serie de constantes que retratan al profesor rural tanto física como sicológicamente, así como a su mundo, basado en escasez de recursos materiales, en un ambiente hostil, signado por la pobreza y la marginación social.

Patricia Arancibia: Dra. Historia Universidad Complutense Madrid; Profesora Dept. Historia y Geografía Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación.

Josefina Guerra: Prof. de Castellano. Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación.

El paradigma positivista que restringía el oficio del historiador a una reconstrucción factual de la realidad pasada, inserta dentro de los parámetros de la objetividad, está siendo superado. No obstante lo anterior, la historiografía chilena -y tal vez la latinoamericana- ha encontrado dificultades para desembarazarse completamente de los supuestos epistemológicos subyacentes a esta cosmovisión.

Existe conciencia -en el ámbito científico- y específicamente en el contexto de las ciencias sociales -que la objetividad es una ilusión inalcanzable. Toda realidad, la que se vive y la que se intenta reconstruir es una construcción cultural. No existe una sola realidad objetivamente verificable sino una multiplicidad de concepciones de la realidad sujetas a variables de tipo histórico e individual.

A partir de este supuesto, surge otro de gran importancia para la comprensión del trabajo del historiador: como sujeto que conoce, éste no puede sustraerse del objeto que estudia ni tampoco de las circunstancias históricas desde las cuales se enfrenta a dicho objeto. Más aún, la "Resgestae" que intenta rescatar se funde con su propio presente a partir del momento que es desde esa temporalidad desde donde la observa y la interroga. Así, el historiador se convierte en un intérprete y no un ojo que registra, tal como lo concebía el modelo decimonónico.

Este replanteamiento epistemológico ha incidido en una nueva concepción de la Historia que ha ido gestándose a lo largo de todo este siglo. De hecho, se ha ido produciendo una sustantiva ampliación de su objeto de estudio, en términos no sólo cuantitativos sino también cualitativos. Esto ha exigido un nuevo enfoque metodológico y una diversificación de las fuentes. La Historia se concibe hoy como una disciplina holística cuyo fin es aprehender al hombre como totalidad y comprender su pasado en la multiplicidad de sus dimensiones, sobrepasando la mera facticidad.

El cambio en la percepción del objeto y la finalidad de la Historia pone de manifiesto el carácter restrictivo de las fuentes tradicionales así como de la actitud con que el historiador se enfrenta a ellas. Si la Historia se interesa por el hombre

y la sociedad -en un sentido integral- los "documentos" históricos han de manejarse con una amplitud tal, que permita incorporar todos los sistemas de signos que el hombre produce. Esto trae aparejado una revisión de los criterios de validez con que el historiador selecciona sus fuentes.

Entre los sistemas de signos, la literatura y específicamente la novela, por su carácter representacional, constituye un ámbito privilegiado para aproximarse a la realidad del hombre. Así como la historia es inseparable del historiador, análogamente todo discurso literario supone a alguien que lo emite (autor); un proceso mediante el cual lo produce (sucesión de actos que lo van generando) y un receptor virtual (destinatario). El historiador y el escritor, en tanto seres humanos de carne y hueso que se mueven en el mundo de los hombres, están contaminados ineludiblemente de historicidad. Pero, con todo, el oficio del historiador se enmarca en el ámbito de lo real, de lo vivido; en cambio el escritor es un productor de ficciones.

Dentro de esta perspectiva, ¿qué utilidad podría tener para el historiador recurrir a la novela como documento histórico?

En primer lugar, la novela es un objeto cultural tanto por su carácter material como de creación literaria, condiciones que al serles reconocidas socialmente por los integrantes de una determinada cultura la convierten en un instrumento de análisis fundamental para el historiador. Sólo esta consideración bastaría para validarla como testimonio. Pero aun hay más. No es posible concebir a este "documento imaginario" al margen de su contexto histórico, porque es producto de un autor que lo genera en un tiempo y espacio determinado, que emplea estrategias y técnicas narrativas, así como un lenguaje que pueden ser circunscritos a una época, que acoge en el desarrollo temático, personajes, espacios y problemáticas propias de su tiempo y que escribe en referencia a un lector "contemporáneo" al que aspira satisfacer.

Desde un punto de vista más estrictamente literario, podemos advertir que toda novela se plantea desde una determinada perspectiva frente al hombre y sus circunstancias. Esto implica que en ella se trasunta la percepción que el hombre tiene de sí mismo, del significado de su experiencia de vivir en el mundo y del entorno en el cual se inserta. Todo ello es, sin duda, de interés para el historiador, quien trascendiendo lo fáctico y lo anecdótico aspira a develar la naturaleza del hombre y de sus relaciones sociales como las vivencias, creencias y actitudes de quienes viven en colectividad. Este es el objeto propio de estudio del historiador social y de las mentalidades, quien encontrará en la novela -sea ésta "realista" o "fantástica"- un material significativo para su quehacer. Es obvio que el valor del "documento imaginario" será mayor, en este sentido, en la medida en que éste privilegie la representación del espacio social.

En este orden de ideas, el presente artículo tiene como finalidad dar cuenta de un trabajo que se planteó como una primera experiencia de análisis de la novela como fuente historiográfica. Su antecedente inmediato fue un seminario efectuado en la Universidad Metropolitana de Ciencias de la Educación, en el marco de la celebración del Centenario del Instituto Pedagógico. El tema escogido para su desarrollo fue el de la Educación, a través de la novela chilena.

Una vez seleccionada la materia de estudio, se procedió a una primera delimitación, circunscribiéndola a la novela chilena del siglo XX. Como punto de partida, nuestra primera tarea se centró en hacer un catastro de aquella producción novelesca nacional que manifestara preocupación ostensible por dicha temática. Se emplearon, a este respeto, los dos indicadores siguientes:

a) Que el protagonista o algún otro personaje importante se desempeñara como profesor y/o;

b) Que el argumento central estuviera referido al tema de la educación.

Una de las dificultades que se presentaron en esta primera etapa del trabajo, fue acceder a la información, por cuanto no fue posible encontrar una recopilación bibliográfica exhaustiva de las novelas chilenas. Con todo, el cuadro que a continuación se muestra, da cuenta de la producción encontrada.

NOVELAS CHILENAS DEL S.XX ACERCA DE LA EDUCACION

AUTOR	TITULO	EDICION	CLASIFICACION
MANUEL ORTIZ	CARTAS DE UNA ALDEA	1908	PRIMARIA-RURAL
FERNANDO SANTIVAN	EL CRISOL	1913	TECNICA-URBANA
JUAN BARROS M.	EL ZAPATO CHINO	1913	SECUNDARIA-URBANA
MANUEL ORTIZ	EL MAESTRO	1914	PRIMARIA-RURAL
ISMAEL PARRAGUEZ	ESPERANZA	1916	PRIMARIA-RURAL
MARIANO LATORRE	LA PAQUERA	1916 *	PRIMARIA-URBANA
RAFAEL MALUENDA	LA SEÑORITA ANA	1920	SECUNDARIA-URBANA
MARIANO LATORRE	ZURZULITA	1920	PRIMARIA-RURAL
RAFAEL MALUENDA	CONFESIONES DE UNA PROFESORA	1932	NORMALISTA
LUIS DURAND	MERCEDES URIZAR	1934	PRIMARIA-RURAL
CARLOS SEPULVEDA	LA FABRICA	1935	NORMALISTA
MANUEL RIVAS V.	EL CRISTO DEL MAESTRO	1936	UNIVERSITARIA
CARLOS SEPULVEDA	CAMARADA	1938	PRIMARIA-URBANA
LAUTARO YANKAS	LA LLAMA	1939	PRIM / SEC.-URBANA
EUGENIO GONZALEZ	LA NOCHE	1942	SECUNDARIA-URBANA
FCO. JAVIER ESPEJO	LOS DE ADENTRO	1945	UNIVERSITARIA
OSCAR MARTINEZ B.	EL MAESTRO CIRUELA	1948	PRIMARIA-RURAL
GLORIA MONTALDO	DE OTRA ARCILLA	1960	SECUNDARIA-URBANA
ERICH ROSENRAUCH	LOS PODEROSOS	1970	UNIVERSITARIA
CARLOS MORAND	CON LAS MANOS EN LAS RODILLAS	1972	UNIVERSITARIA
GABRIELA LEZAETA	INCENDIARON LA ESCUELA	1978	UNIVERSITARIA
ANDRES GALLARDO	CATEDRAS PARALELAS	1985	UNIVERSITARIA
POLI DELANO	COMO SI NO MURIERA NADIE	1987	UNIVERSITARIA
CARLOS MORAND	ULTRAHOTUMBA	1988	UNIVERSITARIA

* Escrita en esa fecha, editada por primera vez en 1948

Esta visión panorámica, nos permite ya realizar algunas observaciones en torno al problema que nos ocupa.

En términos cuantitativos, la producción novelística sobre esta materia, es relativamente pobre (24 obras); su distribución en el tiempo, sin embargo, da fe de una preocupación sostenida a lo largo del siglo XX.

Como se puede advertir, el material ha sido clasificado atendiendo a dos criterios: el primero,

relativo al nivel de educación en que se centra la novela y el segundo, tomando en cuenta el medio en que se desenvuelve. Así es como se manifiesta una primacía de la novela primaria-rural en la primera mitad del siglo, desapareciendo este subgénero a partir de 1948. Por el contrario, la novela universitaria que está prácticamente ausente en dicho período, predomina en forma absoluta a partir de la década de los 70. Este es un hecho sintomático que nos revela un cambio de mentalidad en la sociedad. Pero lo que resulta realmente importante de destacar es que incluso en esta fase inicial, el análisis de las novelas en su conjunto revela aspectos de una realidad histórico-social y su proceso de cambio.

Una segunda delimitación del universo de las novelas se produjo con la decisión de restringirnos cronológicamente a la primera mitad del siglo. Ello se debió, por una parte, al deseo de aprovechar mejor el material existente y, por otra, a que una lectura examinatoria de los textos permitió evidenciar que en este período predominaba en las novelas la función social, siendo más abundantes asimismo las descripciones del entorno y la caracterización de los personajes.

Desde el punto de vista de la historia de la literatura, los rasgos anteriormente señalados son congruentes con las tendencias y movimientos literarios epocales que privilegian , en este caso, el espacio físico y social como factores determinantes en la existencia humana. Al mismo tiempo, la mayoría de las novelas de esta época, se proponen, con mayor o menor énfasis, entregar una visión fiel de la realidad que abordan.

Por último, con el propósito de alcanzar un mayor grado de especificidad y, considerando el abierto predominio de la novela primaria rural se tomó la determinación de acortar el campo de estudio sólo a este tipo de sub-género.

A continuación fue necesario establecer la finalidad que orientaría el análisis de los textos imaginarios. Más concretamente, había que precisar el tipo de información que podría ser útil para el estudio de la educación rural en el período prefijado. Para recopilar estos antecedentes se procedió a efectuar una lectura analítica de las novelas, consignando en fichas textuales todos aquellos segmentos referidos a los actores educacionales (profesores, alumnos, personal administrativo); infraestructura de las escuelas y al ambiente escolar y pueblerino en el que se desenvolvía el maestro. Esta tarea se llevó a cabo considerando a la novela como documento histórico tradicional, haciendo abstracción de su carácter ficticio.

La confiabilidad de la fuente en cuanto reveladora del clima social y mental se procuró garantizar a través del análisis comparativo. En efecto, una vez reunidos los datos que proporcionaban los diferentes textos, sólo se consideraron aquellos elementos que eran coincidentes.

Para los efectos del análisis, el material fichado de cada novela fue agrupado de acuerdo a los siguientes aspectos:

1) El profesor, en su dimensión física y sicológica.

2) La escuela, en términos de su infraestructura física

3) El pueblo, como micro- espacio social.

4) La sociedad chilena, como macro-espacio-social.

Como la mayoría de las novelas caben dentro de lo que se ha llamado novela "realista", estos aspectos aparecen claramente perfilados. Más aun, la intención de reflejar fielmente una realidad y develar su esencia, está presente no sólo en la narración y descripción, sino también en los abundantes comentarios del narrador, quien, distanciándose del mundo representado y sus actores, lo interpreta desde su propia cosmovisión.

II.- La educación rural a través de la novela chilena.-

"Por su cara, sus maneras y ese algo impalpable que el nacimiento imprime al ser, se adivina

su origen humilde", (1) escribe Rafael Maluenda, en **Confesiones de una profesora**. De este modo, caracteriza el narrador a uno de sus personajes, descripción que podría corresponder a muchos de los maestros que desfilan por las páginas de las novelas trabajadas. El personaje, queda adscrito a un sector social definido; es pobre. Pero esta pobreza va mucho más allá de una condición económica. Se transforma en un rasgo esencial determinado por y desde la cuna que traspasa al individuo como totalidad, manifestándose incluso en sus gestos cotidianos. Esta forma de caracterizar al profesor devela no sólo un prejuicio social de quien narra, sino también una suerte de fatalidad implícita: el hombre no puede alzarse por sobre sus circunstancias. Algo semejante ocurre en **La Paquera**, de Mariano Latorre:

"... menuda, de cara renegrecida, de rasgos insignificantes. Sólo los ojos, muy vivos, brillaban en las órbitas disparejas de mestiza. Aquella morenez denotaba claramente la sirviente del campo, la descendiente lejana de los indios de la encomienda. " (2)

Llama la atención la relación que se establece entre la fealdad de la maestra y su origen indígena. Al igual que en el caso anterior, aquí se establece también la baja procedencia social que marca al personaje y se refleja en sus rasgos físicos. Este tipo de descripción abunda en todas las novelas; se establece una particular relación entre el color de la piel y su condición de profesor. La morenez aparece como el correlato físico de un origen oscuro:

..."porte regular más bien moreno" (3)

..." barba rala y descuidada, cuya cara empezaba a tomar ese tinte de carne cocida que tienen los rostros de los alcohólicos." (4)

"Su voz de tinte bronceado, sin saber por qué, le pareció del mismo color del pelo y de la cara." (5)

El mundo interior de la mayoría de los personajes, aparece marcado también por la pobreza Casi siempre una infancia dolorosa y llena de dificultades ha dejado una profunda huella en el futuro maestro:

..."supieron del hambre, del frío, de la humillación de ir con las ropas rotas y las camisas desaseadas al colegio" (6); "con la aguja y el crochet tenían que cubrir los gastos que él ocasionaba, gastos insignificantes en sí mismos, pero enormes para una familia que nada poseía." (7)

Los seres que se mueven por las páginas de los textos, se debaten esforzadamente por surgir; su suerte es desoladora por la esterilidad misma del esfuerzo. Nacieron pobres y lo seguirán siendo; más aun, su destino será enseñar a otros tan pobres como ellos e igualmente abandonados de la esperanza, en un ciclo que se repite monocordemente generación tras generación.

Muy a menudo, la escasez y las privaciones se acentúan por una humillante marginación social:

"Con grandes sacrificios, su madre logró enviarlo a Santiago, donde ingresó al Instituto Nacional, con el apoyo de unos parientes que no se preocupaban ni mucho ni poco de él. Allí su alma de niño soñador conoció las más hondas tristezas. El drama silencioso de su abandono (...) sentir el menosprecio de sus compañeros, que, en las horas libres, se iban a excursionar al cerro o al parque sin convidarlo nunca (...) El regreso a casa (...) cuando sentía más intensamente su orfandad. Era la hora desolada, la hora dolorosa y sin efusión, sin calor ni cordialidad. Era entonces

(1) Maluenda, Rafael, **Confesiones de una profesora**, Ed. Galay, Stgo., 1932, p. 91.

(2) Latorre, Mariano, **La Paquera**, Ed. Universitaria, Stgo., 1958, p. 34 - 35.

(3) Durand, Luis, **Mercedes Urizar**, Ed. Nascimento, Stgo., 1973, p. 6.

(4) Parraguez, Ismael, **Esperanza**. Imp. Universitaria, Stgo., 1916, p. 29

(5) Latorre, Mariano, **Zurzulita**, Ed. Nascimento, Stgo., 1964, p. 34

(6) Durand, Luis, **Op. cit.**, p. 9.

(7) Ortiz, J. Manuel, **El Maestro**, Imp. Universitaria, Stgo., 1914, p. 8.

cuando experimentaba un hambre cruel, un hambre aguda que le hacía desfallecer y pensar desesperadamente en como comprar un pedazo de pan, o uno de esos olorosos pequenes que vendían en la Alameda." (8)

El enfrentamiento descarnado con la realidad durante la infancia y, en este caso, el desarraigo de su medio para ingresar a otro que no lo acepta, lo transforma en un ser marginado no sólo por la pobreza sino que también por una soledad radical. La descripción anterior, acerca por otra parte, al personaje a un tipo recurrente en la novelística chilena: el del provinciano en la capital.

A esta altura del análisis, podemos señalar que se advierte una suerte de determinismo sicológico y social; más que poner el énfasis en la libre determinación individual, las novelas explican el destino del hombre a partir de sus circunstancias sociales y su historia de vida. Se evidencia claramente la intención de llegar a un relato explicativo en que se pretende revelar las causas profundas del comportamiento humano. Esto se ve reforzado por los frecuentes comentarios del narrador, como se verá más adelante. A diferencia de la narrativa contemporánea en la que la voz que relata se plantea como un punto de vista o como un observador que muestra el mundo sin emitir juicios de valor, aquí la interpretación y evaluación de la realidad constituyen una constante.

Cualquiera sean las expectativas con las que el personaje se inicia en su profesión, el fracaso lo espera al final del camino. Cabe señalar, sin embargo, que es posible diferenciar claramente entre dos tipos de profesores; aquellos que fueron formados como tales y manifiestan vocación y los otros, que se incorporan al ejercicio docente por mero azar:

"Aún no había cumplido diecinueve años y apenas hacía dos meses que los había echado al mundo una Escuela Normal (...) La severa disciplina le había dado una voluntad firme y un hábito perseverante en el cumplimiento de sus deberes" (9)

Nos enfrentamos aquí a un joven compenetrado con la profesión que ejercerá y consciente de sus obligaciones. La ilusión que lo anima se expresa en su confianza del valor de su rol como educador y en las anticipaciones que forja su imaginación cuando se dirige a su primera destinación:

"Se imaginaba la escuela bonita, coquetuela, rodeada de árboles, limpia y cómoda, como a su juicio debía ser una escuela rural para crearse respeto y simpatía entre la gente inculta que no ve claro los beneficios de la instrucción, para vencer la resistencia de los campesinos a la enseñanza, para atraerse a los alumnos ofreciéndoles un albergue deseable, superior en comodidad y belleza a sus pobres y sucios hogares." (10)

Es el maestro joven que idealiza la realidad así como su propio rol en ella. Tiene confianza en sus posibilidades y valora la instrucción como instrumento de progreso social. Se ve a sí mismo como un cruzado de la ilustración ingresando en un mundo inculto que necesita ser redimido de su ignorancia. Es la oposición civilización barbarie propia de toda una época histórica de la literatura hispanoamericana; sólo que en este caso, la civilización fracasa.

En contraste con esta figura, se nos presenta el profesor desprovisto de vocación, que se ve obligado a asumir un rol que no le motiva mayormente y para el que no está preparado:

"¿Será posible que yo acepte un cargo de preceptor, sin otro antecedente que el de haber cursado un pobre cuarto año primario en un esmirriado colegio de aldea? (...) ¿Qué papel haré frente a los niños, me respetarán? (...) o si no, ¿seré capaz, como los otros maestros de armarme de un garrote o usar el quincanquel o el zamacueto" para hacerme oír u obedecer?" (11)

El protagonista, al igual que el anterior, también es joven, pero carece de ilusión. Está consciente, por otra parte, de su falta de preparación y revela

(8) Durand, Luis. **Op. cit.**, p. 12- 13

(9) Ortiz, J. Manuel. **Op. cit.**, p. 10

(10) Ortiz, J. Manuel. **Op. cit.**, p. 49

(11) Martínez Bilbao, Oscar. **El Maestro Ciruela**. Ed. Magister, Stgo., 1948, p. 15.

una cierta ansiedad al tener que enfrentar su medio de trabajo, sin embargo, terminará aceptándolo. Aunque parezca paradójico, el destino de uno y otro personaje no se diferencia mayormente.

La pobreza alcanza también a la escuela, entorno inmediato en que el profesor desarrollará su labor:

"...se encontró con una casucha vieja y ruinosa, edificada en un amplio sitio abierto por todos lados, al costado norte de la plaza, entre una bodega de granos y un corral de vacas (...) A los costados y en el corredor trasero estaban al descubierto los adobes, hondamente deteriorados por las lluvias y por el abandono de muchos años..." (12)

"...se trataba de una mediagua, pequeña maloliente, infradotada; uno de esos tipos de construcción generalizada en la época que bien pudiera designársele con el título peculiar de escuela de latifundio" (13)

El abandono parece ser el denominador común de estas construcciones levantadas de cualquier manera y de las que nadie se ocupa. Estas son un reflejo de la poca valoración social que tiene la educación tanto para quienes habitan en el medio rural como para quienes tienen la responsabilidad de velar por el desarrollo cultural del pueblo. Su mera descripción implica la denuncia de una realidad social que se manifiesta en los adjetivos que se utilizan para calificarla. Por otra parte, la condición de la escuela refuerza la atmósfera deprimente que predomina en estas novelas. Esto se ve reafirmado en la segunda cita, donde el narrador le otorga a la escuela un carácter prototípico.

En consonancia con las descripciones anteriores, el micro-espacio social en que ésta se inserta, -el pueblo- nos introduce en un mundo sumido en el sopor de la pobreza, la ignorancia y la maledicencia. Quilahue, Los Chiríos, Las Lajitas, Villa Hermosa o Millavoro, reiteran bajo distintos nombres un espacio semejante, lánguido, monótono, sin relieve ni belleza.

"... avanzó por la primera calle que encontró delante de sí con el corazón sobresaltado (...) Frente a las puertas, grupos de muchachos andrajosos o semidesnudos se revolcaban en el polvo, mientras la madre con su guagua en brazo los miraba indiferente desde el umbral. Aquí y allá encontraba labriegos calzados de ojotas o gruesos zuecos que, con la horqueta o la hechona al hombro, volvían a su hogar con tranco perezoso (...) En algunas viviendas ardía ya la vela de sebo, o de esperma sobre la mesa de los santos, iluminando el escuálido crucifijo colgado en la pared y con un velo para librarlo del polvo y de los desacatos de las moscas." (14)

El mundo representado proyecta una imagen de desidia, de dejar que la vida los viva. Es como si la monotonía del acontecer hubiera detenido el tiempo y el polvo lo envolviera todo. El escúalido crucifijo sobre la mesa de los santos, da testimonio de esa religiosidad popular que requiere la presencia física de las imágenes sagradas, en un mundo sancionado por Dios. Así, como comunidad humana, el pueblo está aplastado por la pobreza y un achatamiento espiritual que tarde o temprano absorberá al maestro.

Los alumnos, son producto de un medio que los embrutece y hace estéril el esfuerzo del profesor:

"En la escuela(...) se reflejan como en un espejo, los hogares de donde los niños proceden...(15)

"Venían estos muchachos a la escuela desde un fundo cercano. Para reponer las energías perdidas en el viaje matinal o para alimentarse en el día entero, traían unos jarros de harina tostada que tragaban remojada con agua del estero. Quién sabe si por la insuficiente vitualla u otras causas desconocidas, su poder de asimilación era nulo(...) Ni las persuasiones, ni las amenazas, nada, nada, nada, los hacía aprender. ¡Estos chiquillos no

(12) Ortiz, J. Manuel, **Op. cit.**, p. 6.

(13) Martínez Bilbao, Oscar, **Op. cit.**, p. 51 - 52

(14) Ortiz, J. Manuel, **Op. cit.**, p. 12 - 13

(15) Ortiz, J. Manuel, **Op. cit.**, p. 71

aprenden a leer de puros hambrientos que son! Por eso no se les desarrolla la mollera. (16)

El ambiente poco estimulante, así como la escasez material, hace de su estadía en la escuela, una suerte de ritual obligado pero inútil; pocos son los que logran superarse.

Para moverse en este entorno, en que no hay una valoración efectiva de la cultura ni tampoco una consideración social del rol del profesor, éste recurre a mecanismos de adaptación que le aseguren la aceptación de la comunidad. En este proceso se va asimilando con el contexto socio cultural que lo rodea y, lejos de constituirse en un agente de cambio, se suma a la mediocridad ambiente:

"... Ahora todos me estiman. ¿Cómo lo he conseguido? Con mi carácter y habilidades. Soy alegre y complaciente. Sé tocar la guitarra y no muevo mal los pies cuando se trata de bailar. No hay fiesta a la que no me conviden, porque les canto, les pronuncio discurso, les cuento chascarrillos, les preparo el ponche en leche y les animo de todas maneras la reunión...¿Pero Ud. no maneja nada para apagar la sed?" (17)

"Bastaría para ello pensaba- que fuera solícito y manso o que me prodigara bajo el alero de algún alcaldillo o magnate. En tal caso la aldea caería a mis pies, gozaría del mimo y del adulo; sería un valor social y faltaríanme carpetas para archivar antecedentes y doradas recomendaciones. A la inversa, si fuera un maestro esquivo, si rechazara los cargos o títulos baratos con que se pretendiera honrarme. Si tuviera una personalidad limpia, sólida, definida. ¡Ah! cuán distinto sería!... ¡Qué hermosa visión se abriría a mi mundo de maestro.!" (18)

Aún cuando existe el reconocimiento de que la probidad moral es condición esencial para ser un verdadero maestro, la mayoría de los personajes encuentra dificultades para comportarse a la altura de los valores que se adscriben idealmente al ejercicio docente. Enfrentando a una vida dura, el profesor retrocede a una condición larvaria en que prima la lucha por subsistir y medrar.

En este contexto, no resulta extraño que el personaje contemple la posibilidad de cobijarse bajo el alero de quienes sustentan el poder económico o político, hecho que revela, por otra parte, una subversión de valores a nivel del espacio macro social. En efecto, muchos de los preceptores han conseguido sus nominaciones como producto del favor de alguna figura influyente, ya sea del mundo económico, político y, lo que aparece como más grave, del mundo eclesiástico.

"Oye, Juan Baucha -le dijo meloso el sacerdote- échale una repasadita a las tablas de cuentas y a las Cartillas, porque he decidido hacerte maestro de escuela." (19)

Otro tanto ocurre con Andrés García -protagonista de **Mercedes Urizar**, el que luego de fracasar en una serie de empleos insignificantes y de trabajar llevando las cuentas en un prostíbulo, conoce en el Norte, en las oficinas salitreras, a un dirigente obrero, que, pasado el tiempo se convierte en diputado. En su peregrinaje en busca de empleo, el joven García recurre a su importante amigo, quien finalmente le consigue un nombramiento de profesor.

"¡Profesor! pero si yo no sé nada de esto Don Casiano. No tengo idea. El otro rió alegremente. El tampoco había sido jamás diputado y lo más bien que lo estaba haciendo. Todo se aprendía en la vida. Lo malo es que era tan poca cosa. Yo hubiera querido para Ud. algo mejor, compañero. Pero peor es mascar lauchas..." (20)

"¿A quién atribuirle, pues, la paternidad del empleo? (...) ¿A San Heraclio?, al cura párroco?,

(16) Martínez Bilbao, Oscar. **Op. cit**., p. 58 - 59

(17) Parraguez, Ismael. **Op. cit**., p. 7

(18) Martínez Bilbao, Oscar, **Op. cit**., p. 146

(19) Martínez Bilbao, Oscar, **Op. cit**., p. 15

(20) Durand, Luis, **Op. cit**., p. 21

al gringo Dewey?, al senador liberal?..." (21)

Las tres citas anteriores corroboran la imagen de una sociedad corrompida, en donde el éxito o el fracaso dependen, en gran medida de los "padrinos" que se tengan. Los políticos, sacerdotes y quienes tienen poder, lo usan para pagar favores o para ganarse adeptos. Hay aquí, entonces, una fuerte crítica y denuncia social implícita en el devenir de la trama, que será ratificada a menudo por los comentarios del narrador.

"...Porque, aunque sea difícil creerlo, la buena anciana era tan seria y honrada, que seguramente fue una de las primeras mujeres que vislumbró los peligros que, para el correcto ejercicio de una administración pública honesta, tiene esa práctica de entregar los cargos técnicos y profesionales a la imprevisión, capricho e irresponsabilidad de la política militante" (22)

Por otra parte, se advierte claramente que la condición desmedrada del maestro rebasa el micro espacio social del pueblo, que no es más que el reflejo de un contexto más amplio: el Chile de ese momento.

Abundan en las novelas las instancias en que esta situación se denuncia, ya sea a través de las quejas de los propios personajes o de las palabras de quien narra:

"Nuestra situación, señor, toca ya el último extremo de lo insufrible. Un peón gana más y vive mejor que un maestro de escuela. Con la mitad de lo que gana un cochero debo yo vivir decentemente, llevar cuello limpio y zapatos lustrados (...) Gano mensualmente cincuenta pesos y soy marido de una mujer y padre de dos hijos (...) De aquí resulta que mi mujer está anémica; mis hijos pobres de sangre, y yo, vamos, con toda la ropa, es decir, con mi único y venerable terno demasiado holgado para mi cuerpo". (23)

El maestro se encuentra librado a una suerte dramática. Debe ocultar su marginalidad económica tras una presentación digna. La sociedad lo obliga a proyectar una imagen sin otorgarle ni los medios ni la valoración que requiere. A este respecto, es el propio narrador quien declara:

"Ellos debían enseñar la higiene sin poder dar un ejemplo de un racional cuidado de su cuerpo; predicar la igualdad de los derechos del ciudadano, cuando apenas hay que llevar a la boca; incitar al amor al estudio, el que no tiene con qué comprar libros; enseñar la moral viendo enriquecer al comerciante que roba en el metro y en el peso mientras él enseña y vive en la indigencia; predicar la sociabilidad cuando él no tiene sitio en la sociedad... ¡Qué de sarcasmos crueles tiene la vida del maestro chileno!" (24)

En estas novelas, en general, el narrador no se limita a mostrar los hechos, que en sí mismos constituyen ya una denuncia, sino que él toma la palabra para interpretarlos y asumir la actitud de un crítico social. Este hecho reafirma la función que se le otorga a la novela en ese período, función que está en estrecha relación con el carácter develador de la realidad que el historiador quiere rescatar.

En el mismo sentido de la cita anterior, se afirma en otra obra que:

"El maestro, para el pueblo no es otra cosa que un insignificante empleado público, sin autoridad, sin prestigio y cuyo valer se fija por el traje que lleva, por las viandas que come y, por lo tanto, por el sueldo que gana. Ninguna familia acomodada le abre sus puertas ni desea frecuentar su trato. Ante las gentes, más vale un patán enriquecido que un maestro miserable... y mirado así por las clases altas, lo desprecian también las bajas, que siempre siguen con exceso el ejemplo de los de arriba." (25)

Sumergido en esta realidad, condenado por la sociedad a una suerte infausta, el maestro no tiene, por lo menos, a partir de la concepción deter-

(21) Martínez Bilbao, Oscar, **Op. cit.**, p. 16 - 17

(22) Martínez Bilbao, Oscar, **Op. cit.**, p. 17

(23) Ortiz, J. Manuel, **Cartas de la Aldea**, Imp. Penitenciaria, Stgo., 1921, p. 1 - 2.

(24) Parraguez, Ismael, **Op. cit.**, p. 182.

(25) Ortiz, J. Manuel, **Op. cit.**, p. 147

minista de estas novelas, posibilidad alguna de surgir profesionalmente y ni siquiera de abstraerse del medio y salvarse como persona:

..."Se habia entregado de nuevo a la bebida (...) buscando en el vino el refugio de un alma desolada (...) Condenado a llevar una vida muy inferior a la de los rudos padres de sus alumnos, viven de un escasísimo sueldo, que no les permite adquirir libros ni revistas, ni cultivar sociedad alguna, y que a menudo no les es suficiente para vestir y comer. De ahí que se aíslen, de ahí que muchos beban (...) porque se sienten sin los medios para realizar los anhelos generosos con que iniciaron su carrera". (26)

Resulta evidente, entonces, que todos los proyectos humanos en estas novelas no pueden terminar sino en el fracaso.

III Conclusiones

En todas las obras analizadas, se relata la historia de maestros de baja extracción socioeconómica que se desempeñan, en un medio social caracterizado por la pobreza, dentro del contexto de una sociedad que no valora su rol y los condena al fracaso personal y profesional.

A nivel tanto implícito como explícito, se evoca un macro espacio social en el que los valores aparecen subvertidos y el poder político, económico e incluso eclesiástico, se ejercen arbitrariamente.

En la medida en que el origen del individuo y el contexto en el que se desenvuelve lo condicionan como persona y determinan su destino, estas novelas nos entregan una concepción del mundo, caracterizada por el determinismo social.

Por otra parte, todos los textos cuentan con un narrador que tiene un amplio conocimiento de la realidad y manifiesta capacidad para interpretarla, asumiendo el rol de crítico social.

Los rasgos anteriores ponen de manifiesto el carácter de denuncia social que asumen todos los relatos.

La concepción del mundo, las características que asume el narrador así como la función de las novelas, permiten adscribir a este conjunto de obras, en términos generales, dentro de una tendencia literaria "realista". Ello se ve corroborado por el marco cronológico de su producción, que fluctúa, a excepción de la obra de Bilbao, editada en 1948 entre 1908 y 1934. Resulta significativo constatar a este respecto, que la casi totalidad de los autores pertenece a la denominada "primera generación de criollistas", la que se propone mostrar la realidad que les es propia.

Cabe señalar, además, que la mayoría de los escritores estudiados, tienen experiencias de vida provinciana y muchos de ellos se desempeñaron como maestros.

En consecuencia,

1) La constatación de múltiples relaciones intertextuales que convergen en una imagen común de la realidad;

2) La función de denuncia social que se aprecia en la lectura de las novelas;

3) La adscripción de éstas a una "literatura realista", que se propone explícitamente entregar una visión fiel de la realidad y develar su esencia, y;

4) La condición de maestros de muchos de los autores, nos permiten concluir que existen antecedentes importantes para considerar estas novelas como fuentes historiográficas válidas para recrear el mundo del maestro rural y acceder a algunos de los rasgos que definen la sociedad *chilena* de aquella época. Al mismo tiempo, el análisis del narrador como "comentarista" de la realidad que observa, nos devela una actitud crítica frente al mundo en que está inserto, lo que también nos acerca a la sensibilidad generacional de los intelectuales de ese tiempo.

El examen de estos "documentos imaginarios", entonces, nos lleva a pensar que una vez que se trasciende la ficción, tal como ella se expresa en la trama, la realidad vuelve a emerger, esfumándose los límites entre lo real y lo ficticio. Esto no puede ser de otra manera, porque cualquiera sea el ámbito en el que el hombre se mueve, se trate de un hombre de ciencia o de un artista, su quehacer estará siempre orientado por el afán de conocer, comprender, interpretar y explicar al ser humano y el mundo que lo circunda.

(26) Parraguez, Ismael. **Op. cit.**, p. 181